

---

# Huizinga, profeta de sangre y rosas

Peter Burke

Tomado de *History Today*, vol. 36, noviembre de 1986. Traducción de Isabel Quiñónez.

**J**ohan Huizinga es uno de los historiadores de la cultura sobresalientes del siglo XX. Hombre de amplios intereses, tan amplios que le fue difícil establecerse y especializarse en historia, dejar de lado algún periodo particular. Cuando era estudiante de la Universidad de Groningen, en la década de 1890, perteneció a un grupo de estetas que cultivaban el decadentismo a la moda, leyó a Huysmans y a Verlaine; se interesó en el budismo; aprendió sánscrito, y (aunque distraído de sus estudios filológicos por las óperas de Wagner) hizo una tesis sobre la función del payaso en el drama indio antiguo. Durante algún tiempo pensó dedicarse a estudiar la historia del Islam.

No fue sino hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial cuando Huizinga —entonces al inicio de sus cuarenta— comenzó a publicar los libros y ensayos sobre historia cultural europea por los que es recordado hoy: “Ideales históricos de vida”, “El problema del Renacimiento”, “La civilización holandesa en el siglo XVII”, los escritos sobre Erasmo, el pensamiento del siglo XII, el elemento lúdico en la cultura y, la más famosa de todas sus obras, la que estudia Francia y los Países Bajos durante los siglos XIV y XV, conocida en inglés como *El declinar de la Edad Media*. Casi toda su producción historiográfica fue redactada para el lector común tanto como para los colegas; escribió con regularidad para *De Gids*, revista holandesa dirigida al público no especializado, así que uno puede imaginarlo fácilmente como colaborador de *History Today*.

Huizinga fue un hombre tímido, escrupuloso, sensible, ceremonioso; según sus propias palabras “un soñador despierto incorregible”. No tuvo simpatía para el siglo XX; le disgustaban con vehemencia —entre otras cosas— la ciencia moderna, el arte abstracto (las pinturas de Kandinsky y Mondrian, por ejemplo), el cine, el radio, Marx, el capitalismo, Freud y Estados Unidos, donde hallaba muy poco orden, muy poca forma o —usando uno de sus términos predilectos— muy poco “estilo”; “mecánico” fue una de sus expresiones peyorativas favoritas. Cuando era estudiante, confesó más tarde, “ignoraba la política por completo” y nunca leía un periódico. Sin embargo en los años treinta había asido la política, o la política lo había asido a él; su crítica del mundo moderno se amplió en una denuncia al fascismo. Cuando los alemanes invadieron los Países Bajos fue arrestado, se le encerró en un campo de concentración. Murió en un poblado pequeño, cercano a Arnhem, poco antes de la liberación.

El estilo de historiador de Huizinga fue resumido en 1929 por un artículo programático referente al fin y a los requerimientos de la historia cultural. Declaró en ese manifiesto que el propósito funda-

*Huizinga creía que la razón  
histórica debe ser  
complementada  
por la intuición.*

mental del historiador de la cultura es morfológico. Hay que perfilar patrones culturales, en otras palabras hay que describir ideas y sentimientos y sus expresiones encarnadas en obras de las distintas artes. El historiador —sugirió— descubre patrones culturales al escudriñar “temas, figuras, motivos, símbolos, estilos y emociones”.

Esto fue lo que Huizinga hizo en sus trabajos esenciales, muy notoriamente en *El declinar de la Edad Media*, que tiene que ver con temas como la decadencia, el ascendiente del simbolismo en el arte y en el pensamiento medievales tardíos, con estilos de pintores como los hermanos Van Eyck, con estados anímicos como la preocupación por la muerte. Este conjunto no es tan abstracto como podría sonar. Huizinga apuntó una vez: “¿Qué idea podemos formarnos de una época si no miramos gente en ella? Si solamente ofrecemos informes generales no fabricamos sino un desierto y a éste lo llamamos historia”. De hecho, en *El declinar de la Edad Media* hay individuos a enjambres: del poeta vagabundo y aventurero François Villon al místico Heinrich Suso, del predicador popular Olivier Maillard al cronista cortesano Georges Chastellain.

Es imposible practicar esta clase de historia en forma fría y objetiva. Huizinga creía que la razón histórica debe ser complementada por la intuición; que el elemento estético es crucial tanto para la comprensión histórica como para el placer que nos deviene al contemplar el pasado.

“Los juicios valorativos de la historiografía sobre todo un periodo —escribió en alguna ocasión— están limitados por implicar cierta distorsión y no es la menor aquella proveniente de nuestra tendencia a medir el pasado con parámetros que le son ajenos”. No se hubiera sorprendido si se le hubiera dicho que sus libros, además de los distintos pasados que les conciernen, revelan no poco acerca de sí mismos y de su entorno social.

Las revelaciones sobre su propio tiempo o las reflexiones sobre éste se evidencian al máximo en su obra maestra, *El declinar de la Edad Media* o, para nombrarla más exactamente conforme al título holandés, *El otoño de la Edad Media*, título que pretendió sugerir tanto madurez como menoscabo. Es un libro personal en extremo. Ahí están las ensoñaciones que Huizinga niño tuvo sobre una Edad Media pletórica de héroes caballescicos que portaban yelmos ornamentados de plumas. Se halla igualmente marcado por los intereses del esteta de la década de 1890; aquel entusiasta de la poesía simbolista ha virado hacia el estudio del simbolismo en la Edad Media. La prosa es rica en metáforas: “era la vida tan violenta y policroma que soportaba el entrecruzado olor de sangre y rosas”, y esta frase a su vez tiene el olor de los noventa. La sensibilidad decadentista de fines del siglo XIX se mezcla con la sensibilidad ante la decadencia expresada por escritores de la última Edad Media. Un *fin de siècle* encuentra en el otro su reflejo.

La aversión de Huizinga por el mundo moderno, mundo de máquinas y de formas que declinan (por no mencionar la Primera Guerra Mundial) lo vuelve un nostálgico de la cultura medieval. “Cuando el mundo era medio milenio más joven —comienza el

libro— los contornos de todos los sucesos eran más pronunciados que ahora. El contraste entre el sufrimiento y la alegría, entre la adversidad y la dicha aparecía más patente... Todo acontecimiento, todo acto era aún encarnado por formas expresivas y solemnes que elevaban éstos a la dignidad de un ritual”. La nostalgia por lo que no pudo durar, por lo que incluso en su tiempo fue percibido como menoscabado infunde vida a *El declinar de la Edad Media*; sentimiento de melancolía, de fugacidad, le da poder sobre las emociones del lector. Obra académica basada en un conocimiento íntimo del arte, la literatura y el pensamiento medievales es, al mismo tiempo, una pieza de romanticismo medievalista a la manera de Sir Walter Scott o Dante Gabriel Rossetti, cuyos poemas causaron honda impresión en el joven Huizinga.

Si no encontraba alivio en la Edad Media, si no se hallaba a gusto en el mundo moderno, ¿a dónde pertenecía Huizinga? Cualquier respuesta breve a una pregunta como la anterior estará limitada a ser muy simple; quizá la respuesta menos insatisfactoriamente simple sea que su mundo fue el de la burguesía holandesa. Al escribir sobre la República Holandesa el tono, raro en Huizinga, es celebratorio. “En los Países Bajos sabemos —termina su ensayo *La civilización holandesa en el siglo XVII*— que lo que hizo grandes a nuestro país y a nuestro pueblo en el siglo XVII: el vigor, la determinación, la justicia, el trato honesto, la caridad, la piedad y la fe en Dios no se ha perdido entre quienes vivimos hoy ni se perderá para los que vengan después de nosotros”. Nunca tuvo más simpatía hacia su objeto, el resultado, sin embargo, no fue su libro más interesante. La ambivalencia que sentía ante la Edad Media le generó en cambio percepciones más profundas.

El acceso de Huizinga a la Edad Media, intuitivo y personal en extremo, tiene su precio; hay debilidades de consideración en el libro. Cuando pido a mis alumnos que lo lean, con frecuencia sugiero un título tentativo: ¿Realmente declinó la Edad Media? Claro que es una pregunta de respuesta imposible, busco sencillamente plantar las semillas de la duda. Huizinga se desliza más bien fácilmente de la discusión sobre el sentimiento de la decadencia en algunos escritores medievales a conclusiones sobre la decadencia real de los siglos XIV y XV (sin abordar las evidencias sobre, por ejemplo, la contracción del comercio). Fabrica una especie de mosaico con citas de sus escritores favoritos —el poeta Eustache Deschamps, el cronista Jehan Froissart, el místico Denis El Cartujo— y con referencias a sus pintores predilectos, pero no se detiene para preguntarse si estos individuos son representativos. Un ejemplo contrario importante fue citado por el último Bruce McFarlane en un estudio sobre el pintor Hans Memling. McFarlane hace notar que “apenas hay un rastro” de mórbida preocupación por la muerte en la obra de Memling y también que éste tuvo tal demanda como pintor que llegó a ser uno de los ciudadanos más acomodados de la opulenta Brujas. Huizinga trató “la época” *en bloc*, virtualmente ignoró las diversidades regionales en Francia y los Países Bajos, las diferencias entre los siglos XIV y XV y los contrastes e incluso los conflictos entre las culturas de grupos sociales distintos.

*Huizinga se desliza más bien fácilmente de la discusión sobre el sentimiento de la decadencia en algunos escritores medievales a conclusiones sobre la decadencia real de los siglos XIV y XV.*



*No sentía nostalgia por todo lo medieval, más bien fue ambivalente.*



Huizinga estuvo tan preocupado con los temas muerte y decadencia que a veces leyó mal los textos que citó, notablemente uno del poeta Eustache Deschamps, quien es un testigo clave citado unas treinta veces a lo largo del libro. Deschamps cree en verdad que el mundo se acerca a su fin: "*Temps en erreur pres de finicion*". Sin embargo, fiel seguidor de Joachim de Fiore, piensa que las cosas después de que hayan empeorado, mejorarán, entonces los conflictos y otros males terminarán: "No habrá más querellas, nos regocijaremos pues nuestros males muy pronto llegarán a su fin".

Por otra parte, Huizinga El Moderno aunque no la leyera mal hizo innecesariamente difícil la comprensión de la Edad Media. No sentía nostalgia por todo lo medieval, más bien fue ambivalente. Su simpatía en ocasiones da paso a la aversión; su tono se vuelve distante o incluso algo condescendiente. Por ejemplo, describe la piedad medieval como "mecánica, superficial, externa", incluso en un momento la llama "infantil". Es necesario que uno recuerde, al mencionar esto, que Huizinga fue educado en el protestantismo, que hubo entre sus antepasados muchos predicadores menonitas y que tomó posesión de la crítica a la religión medieval llevada adelante por la Reforma, sin intentar mirar cómo se veía esta religión desde dentro. Estudios recientes sobre el arte de guerra del Medioevo tardío sugieren que Huizinga falló al no tratar con seriedad suficiente los torneos, en forma semejante a lo que hizo con la religión de la última Edad Media; los interpretó como síntomas de decaimiento o —por inconsistente que parezca— como supervivencias de lo "bárbaro" y lo "primitivo".

Es improbable que a Huizinga le perturbara este tratar de "desconstruir" *El declinar de la Edad Media*, no sólo en el vago sentido de "desmontarla" sino con la intención precisa de mostrar cómo el autor se dejó llevar por sus metáforas. El propio Huizinga, años más tarde, al reexaminar *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, describió sus metáforas recurrentes: juventud y vejez, florecimiento y marchitez, primavera y otoño como ejemplos de antropomorfismo ingenuo. En todo caso los logros de Huizinga como historiador exceden de lejos a la crítica que se ha alzado en contra suya. La intensidad y la categoría de su imaginación histórica puede ser igualada por pocos rivales, y fue mucho lo que hizo para ensanchar el campo de su género favorito: la historia cultural.

En cierto sentido Huizinga fue un seguidor leal de Jacob Burckhardt, el gran historiador cultural del siglo XIX; lo fue tanto en la teoría como en la práctica. Ambos rechazaron el positivismo y acentuaron el sitio a ocupar por la intuición para comprender el pasado. Burckhardt, en *La civilización del Renacimiento en Italia* (1860), habló de temas como "el desarrollo del individuo", que Huizinga aconsejaría tratar a los historiadores de la cultura; de personajes como el humanista Leon Battista Alberti y el escultor Benvenuto Cellini; de estilos como el que llamó "realismo"; de emociones como "el sentido moderno de la fama" y su correctivo, el sentido del ridículo. Si bien *El declinar de la Edad Media* incluye una crítica implícita a Burckhardt por hacer equivaler cambio con "modernidad" y por sugerir que todos los cambios culturales

importantes de los siglos XIV y XV sucedieron en Italia, el suyo sigue siendo con mucho un libro del tipo de los de Burckhardt.

No obstante, la historia cultural en el estilo de Huizinga modifica a Burckhardt en varias direcciones, caminos que han resultado bastante valiosos para el siglo XX posterior a Huizinga. A los dieciséis o diecisiete leyó una de las primeras obras del antropólogo social E.B. Tylor, *La cultura primitiva*, y quedó muy impresionado por ella. Al recordar esta experiencia declaró: "abrió para mí perspectivas que hasta cierto punto me han inspirado desde entonces". El haberse preparado como orientalista antes de su especialización en historia de Europa occidental ayudó a Huizinga —como el trabajo de campo lo hace con los antropólogos— a "desfamiliarizarse" de su propia cultura, y así a preguntarse sobre más asuntos para explorarlos. Su interés por el simbolismo, específicamente por lo que llamó "el modo simbólico de pensamiento", fue consecuencia de su interés en la antropología. Otro resultado igualmente significativo fue el que extendiera su concepto de cultura más allá de las artes y más allá de Burckhardt. *La civilización holandesa en el siglo XVII*, por ejemplo, incluye páginas fascinantes sobre la inquietud holandesa por la limpieza. En otra parte aborda lo que llegó a llamar "el elemento lúdico" en la cultura; observó actividades "serias" como juegos y los juegos como cosas serias. ¿Qué quiso decir san Francisco —pregunta— al llamar a la pobreza su novia? ¿Creía en tal persona o sólo usaba una figura de lenguaje? La respuesta de Huizinga es que "en la actitud de san Francisco se mezclaban la fe y la incredulidad... san Francisco estaba jugando con el personaje Pobreza".

Huizinga no anticipó el día en que algunos de sus colegas se llamarían a sí mismos "historiadores de las mentalidades" o "historiadores antropólogos", pero ya indagaba algunas de sus "nuevas preguntas". Merece ser recordado no sólo como un hombre de aptitudes varias, un estilista, el autor de un *best-seller* de la historiografía, sino también como un iniciador, alguien que hizo retroceder los límites de la historia cultural.

*Merece ser recordado no sólo como un hombre de aptitudes varias sino también como un iniciador, alguien que hizo retroceder los límites de la historia cultural.*

## Robinson Crusoe

### Christopher Hill

Tomado de *History Workshop Journal*, 10, otoño, 1980. Traducción de Dolores Avila.

Aquellos que, como yo mismo, tuvieron su primer encuentro con Robinson Crusoe en una edición abreviada, se sorprenden cuando leen la versión original. Un largo intervalo parece transcurrir antes de que podamos llegar al grano. El relato de la vida del héroe que precede a su naufragio en la isla ocupa alrededor de las